



Pedro Antonio de Alarcón

Cartas a mis muertos

Madrid 2 de noviembre de 1855

.....

¡Ay del que en una y otra sepultura

Prendas del alma sumergirse vio,

Y ansioso tornó a amar en su locura,

Y otra vez y otra vez su bien perdió!

¡Ay de mí, que, rebelde y furibundo,

De la fe y del temor rompí los lazos,

Y abarqué el universo..., y vi que el mundo

Era un cadáver más entre mis brazos!

(Versos inéditos míos.)

Prefacio

Ningún día del año- ninguno;- ni el de san José, que es día de media España; ni el de los Santos Reyes, en que reciben todos los Generales de nuestros Ejércitos; ni el de Añonuevo, en que se felicita a todo el mundo; ni antes de emprender un largo viaje; ni después de algún cambio político favorable a mis ideas; ni en vísperas de elecciones de Diputados a Cortes; ni al salir de grave enfermedad; ni cuando me entran ganas de ser académico; ni a poco de contraer matrimonio, ni la mañana del estreno de un drama mío, ni al día siguiente de perder mi caudal al juego... (ya comprenderán ustedes que todavía no me he visto en casi ninguna de estas circunstancias); nunca, en fin, es tan larga la lista de mi tarjetero, nunca tengo tantas visitas que hacer, como el día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos.

¡Y es que pocos hombres de mi edad habrá sobre la tierra, cuya cuenta con el cielo sea tan larga como la mía!- ¡De cuantos barcos eché a la mar, y fueron muchos... (hablo metafóricamente), apenas veo ya alguno que otro, desarbolado por los huracanes, tendido y solo sobre las arenas de la playa!...- Los demás se hundieron para siempre en el Océano.

Dice nuestro inmortal Quevedo:

¡No tanto me alegrádes con

hojas

En los robres antiguos, remos graves,

Como colgados en el Templo, y rotos!

¡Noble, filosófico, ascético pensamiento, digno de un espíritu de primer orden! Pero, si Quevedo estaba en lo firme, no es menos cierto que la Tierra se reduce ya para mí a un inmenso camposanto.- Mi verdadera patria se encuentra ya ultratumba. Cuando yo muera me figuraré que resucito. Allá tengo muchas más relaciones que acá.

Por eso me agrada ir todos los años, tal día como hoy, a visitar el cementerio más próximo a mi casa. Nada me importa que el panteón sea este o aquel... ¡La muerte es cosmopolita!- Dondequiera que hallo cirios, cruces y coronas, allí creo que están mis muertos, los míos, mis predilectos finados, los seres que me abandonaron y cuya ausencia debiera

llorar todos los días.- ¿No es cada camposanto una colonia de esa patria de todos, que se llama la Eternidad?

Y no voy a llorar...; pues ya no se estila hacerlo.

Ni a rezar...; porque no me agrada rezar en público.

Ni a dar limosna para Misas; pues conozco a algunos Sacerdotes que me las dicen de balde...

Voy a consolarme de no ser ministro, ni sabio, ni hermoso, ni banquero.- Y, de camino, felicito a mis difuntos y los entero de cuanto ocurre por aquí.

Pero ¡ay! este año son tantos mis quehaceres, que me es imposible ir a darles los días en persona...

Quédame dichosamente el moderno recurso del correo interior, y a él apelo, temeroso de que mis amigos del otro mundo se figuren que los he olvidado, y mueran de pena, o, por mejor decir, resuciten...;- lo cual sería mucho más espantoso... para ellos.

Ved, pues, lo que les digo con esta fecha, comenzando por cierto casado que murió muy joven:

- I -

Amigo mío:

Tu mujer era una hipócrita: todas las promesas de eterno amor que te hizo durante la luna de miel, y todos los ofrecimientos de viudez perpetua que te dio a libar en tus últimos instantes, hanse convertido en un Capitán de Caballería, con el cual se casará de un momento a otro.

En mi concepto, la viuda que contrae segundas nupcias amaba a su primer marido lo suficiente para procurarle un Cirineo si llega a tardar en morir.

Yo te doy, pues, la enhorabuena por el tino que has mostrado rompiendo tan a tiempo los lazos que te unían a semejante Lucrecia Borgia.

Tuyo afectísimo, etc.

- II -

Mujer invencible, corazón de piedra, encantadora y terrible criatura, he asistido a tus funerales.

Te he vencido en generosidad. ¡Tú fuiste siempre implacable para mí!
¡Yo te he visto vencida por la muerte..., y he llorado!

¿Qué era ya de tu orgullo, de tu coquetería, de tu soberbia?

¡Allí estabas sin poder ninguno sobre mi corazón! Podía engreírme de mi libertad, y puse en tu féretro una corona de flores.

Horas enteras he pasado viéndote dormida en el ataúd. Te hallabas tan desarmada por el no-ser, que te compadecí.- ¡Oh, mi compasión te habría matado si ya no estuvieras muerta!...- ¡Compadecerte yo, reina mía!...

Por último, me pareciste fea y asquerosa..., ¡y te dejé para siempre, para siempre!

A mi regreso a casa, vi en el balcón a Dolores, y la saludé con inusitada dulzura... Entonces me acordé de ti (que ya estarías debajo de tierra), y- ¡agradécelo!- suspiré de nuevo como un esclavo.

Adiós, cruel; hasta el año que viene.

- III -

Inolvidable, respetadísimo amigo:

Hace algunos años, desde el borde del sepulcro me prometió usted irónicamente venir, si podía, luego que muriese, a darme la razón, suponiendo que yo la tuviera, en nuestra constante y cariñosa polémica acerca de los destinos de la Humanidad, de la existencia del espíritu, de la inmortalidad del alma.

Tenía usted ochenta años y yo diez y ocho cuando refilamos tan tremenda batalla. Usted era ateo y yo creyente. Usted se acercaba a la tumba, diciéndome: «Dentro de pocas horas habré vuelto al sueño de la nada...»Y yo penetraba en la existencia, diciéndole a usted: «Nuestra vida mortal es el verdadero sueño del espíritu, y con la muerte del cuerpo principiará el despertar del alma.»

Han pasado algunos años desde que murió usted, y, aunque no me ha cumplido su promesa de aparecérseme una noche para describirme, dado que existieran, los reinos de ultratumba, debo decirle a usted que yo no he dudado por eso de que semejantes reinos existan.

Yo vi a usted arrojar el último suspiro entre sonrisas de incredulidad, es cierto; pero con la calma del hombre valeroso y honrado cuya vida había sido modelo de virtudes domésticas y sociales!- «¡Hasta nunca!», fueron las últimas terribles palabras que pronunció usted, continuando así nuestra controversia desde las mismas regiones de la muerte.- «Hasta luego», le contesté yo a usted, cerrando sus ojos con mi cariñosa mano.

Usted no me oía ya. El problema estaba resuelto para su alma: acababa usted de morir.

Entonces coloqué mi mano sobre su fría y calva frente, que tan altiva

se alzaba al cielo pocos momentos antes, y medité: -«¿Dónde está (me dije) aquel espíritu de investigación que tenía aquí su asiento? Aquella idea inmensa que llenaba los espacios y los siglos, y llevaba aún más lejos su curiosidad sublime, ¿dónde está?- ¿En este cadáver?- No.- Pues ¿dónde?»

¡Oh, si usted se hubiera contemplado a sí propio tan triste, tan yerto, tan mudo, tan solemne en su inmovilidad, tan diferente de como siempre había sido..., habría creído en la ausencia de su alma!... Parecía que el cuerpo echaba de menos el soplo de vida.

Por lo demás, enterramos los despojos de usted en el duro suelo, como usted mismo había deseado...

Y aquel polvo se convertiría en seguida en gusanos, frondosa yerba, azulado fósforo, etcétera, etc., según usted había previsto.

Y yo me afirmé más y más en la creencia de que su alma de usted seguía viva en otra parte, al reparar, como reparé, no sin melancolía, en la glacial indiferencia con que abandoné su amado cuerpo, tan luego como comprendí que lo había abandonado también el espíritu.

Hasta la vista, pues, queridísimo difunto.

- IV -

Mi pobre amigo:

Tus hermanas se quitaron el luto a los seis meses.

A la semana siguiente las vi en un baile.

¡Estaban tan gordas, tan coloradas y tan bonitas!

- V -

Apreciable camarada, estimado sido, querido ex-ser:

No sientas haber dejado este mundo. En los tres años que faltas de él, nada ha ocurrido que pueda darte dentera por no haberlo presenciado.

Todo sigue lo mismo; sólo las mangas de las levitas han cambiado; ahora se llevan un poco más estrechas.

La Eleuteria se casó.

Cómoda tropezó al fin, realizando tus pronósticos.

Dámasa se ha hecho mujer, y gusta mucho.

Nuestro terrible Canuto cayó al fin en las redes del matrimonio.

Ninguna novia tuya se acuerda de ti.

Nosotros vamos al café a las mismas mesas que cuando tú vivías, y se nos pasan semanas enteras sin recordarte ni por casualidad.

Tu hermano hace conquistas, luciendo tu reloj y tu paraguas.

La política lo mismo: la dificultad en pie.

No hay actrices nuevas.

Seguimos despreciados por toda Europa y por toda América.

Los marroquíes y los mejicanos siguen insultándonos impunemente.

Ni Portugal ni Gibraltar han sido reincorporados a la madre España.

Las zarzuelas no han desaparecido todavía, ni han engendrado la ópera española.

Ya habrás visto ahí a alguno de nuestros amigos. Hablé a Carlos en sus últimos momentos, y le encargué expresiones para ti.

Supongo que estarás en el Infierno, y que por tanto, no habrás visto a un ángel que he perdido y que morará en la Gloria.

Dime si Satanás se parece a la pintura que de él hizo Milton.

Yo espero ir al Purgatorio, o, por mejor decir, ya estoy en él.

Tu drama sigue muy aplaudido. ¿Te sirve de algo la gloria póstuma?

- VI -

Mi bondadoso y apreciable acreedor:

¡Conque se murió usted!...

¡Dios lo tenga en su gloria!

¿Me perdona usted la deuda?- ¿Sí? ¡Toma!... ¡Ya lo esperaba yo de su generosidad!

Dígame usted, ¿hay algo de cierto en lo de la metempsícosis?-

¡Hombre..., cuidado! ¡No sea usted atroz! ¡No vuelva usted a nacer, por María Santísima!

¿Quiere usted creerme? Hasta que murió usted estuve persuadido de que había hombres inmortales... (¡No es broma!)- Y desde que ha muerto usted, siento muchísimo creer en la inmortalidad del alma.

Conque... hasta el valle de Josafat..., donde me excusaré de

pagarle..., porque..., como resucitaremos desnudos..., no tendrá usted bolsillo en que meterse el dinero.

¡Abur!

- VII -

Joven suicida:

Os matasteis..., ¿y qué?

Las gacetillas de Madrid hablaron pedagógicamente del asunto.

Yo he olvidado, ya vuestro nombre: lo olvidé al minuto de leerlo.

Vuestra coqueta querida se convenció de que erais un adversario indigno de ella, y sonrió con desprecio.

Vuestra madre está loca de dolor.

¡Sois un malvado!

¡Sois un mezquino!

Lo segundo es peor que lo primero.

Pues tan filósofo erais; pues tanto despreciabais la vida, ¿por qué no moristeis como Eróstrato?

¡Así, al menos, hubierais llegado a la posteridad!

¡Qué! ¿No hay ya ningún Templo de Diana que quemar para hacerse célebre?

¿No sabíais la historia del Lagarto de Jaén?

- VIII -

Muy señor mío y de mi mayor consideración:

Mucho tiempo hace que no lee usted los periódicos.

Antes, todas las mañanas, en la cama, después del chocolate, se aprendía usted de memoria el correo extranjero de El Clamor Público, y se levantaba usted tan satisfecho, como si acabara de recorrer toda la Europa...

¿Cómo puede usted pasarse ahora sin saber lo que sucede en estos mundos de Dios?

- IX -

Don Dimas:

¡Esto es un sacrilegio! Mi amigo Luis derrocha el caudal que vos reunisteis grano a grano.

Vuestra avaricia ha engendrado su prodigalidad.

¡Qué abnegación la vuestra, D. Dimas! Vivisteis en bohardilla por ahorrar dinero, y este dinero paga hoy un cuarto principal en que habita vuestro sobrino.

Vos comíais arenques; él come salmón.

Vos no fuisteis nunca al teatro; él va todas las noches.

Y vuestro oro, vuestro amarillo, vuestro reluciente, vuestro querido oro, vuestras rancias peluconas, corren que es un portento de garito en garito, de lupanar en lupanar.

¿Cómo no resucitáis, D. Dimas, y recogéis vuestro dinero, y os coméis a vuestro sobrino?

- X -

Duque:

Tu lacayo tiene la insolencia de vivir más que tú. Él toma el sol, respira el aire y va al teatro de la Zarzuela, mientras que a ti te comen los gusanos...

¡Duque! ¡Señor duque!

- XI -

¡Duermes al fin!...- ¡Ah! ¡Sí, descansa, descansa en paz!

¡Ya eres más dichosa que yo!

Cuando mi aparente dicha hería como un sarcasmo tu infortunio;

Cuando tus desventuras me vengaban;

Cuando un prematuro otoño te brindaba frutos enfermizos, que no eran la cosecha de la vida, sino los esqueletos de sus flores;

Cuando, sin fe, sin amor, sin esperanza, era tu porvenir una maldición, tu pasado un remordimiento, tu presente un páramo de horribles decepciones;

Cuando, perdida la juventud del alma y la frescura del cuerpo, te mirabas y no te conocías, me mirabas y llegabas a conocerme, y a temblar, y a arrepentirte;

Cuando el mundo se desprendía de ti, como de una hoja seca;

Cuando yo mismo apartaba los ojos de tu belleza profanada, y confiaba en olvidarte, y ponía hacia otras regiones el rumbo de mis días, y te dejaba sola en tu desesperación, como quien abandona una isla desierta;

Cuando tú te convenciste dolorosamente de que yo (tu primero y último amigo, el más fiel, el más generoso), también te desahuciaba, también te huía...

¡Ah! ¿Qué te restaba sino morir?

Moriste a tiempo.- Los ojos de la Misericordia se han vuelto hacia el último instante de tu vida, y lágrimas y flores y bendiciones te han acompañado a la tumba!

¡Has sabido morir!- ¡Duerme en paz! ¡Reposa, reposa, al fin, después de tan deshechas tempestades!

Ya estás redimida: tu sepulcro es tu pedestal,- y, por la vez primera, después de muchos años en que el orgullo me ha servido de mordaza, puedo decirte sin sonrojarme esta verdad, única de tu vida, que tanto te hubiera consolado en la hora de tu muerte:

¡Nunca dejé de amarte!

Madrid, 1855.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo